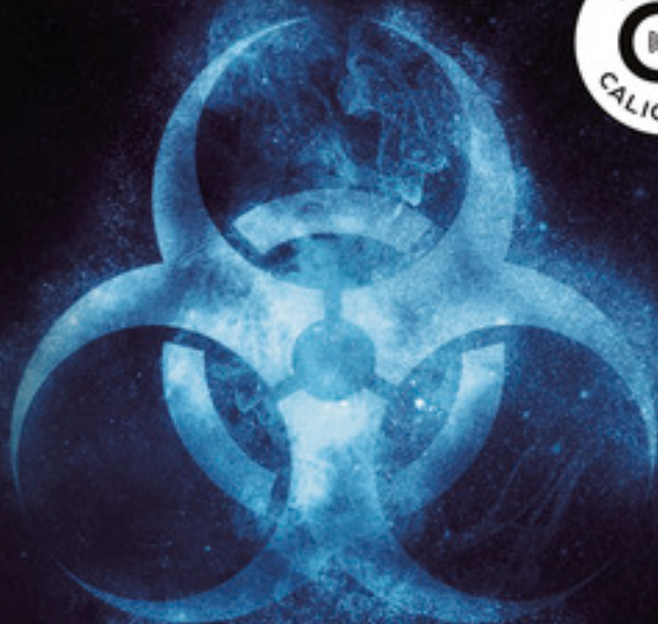


JAVIER DELSÁN

# PRION

TBO SAGA



---

---

## **PRION**

Agente infeccioso, constituido exclusivamente por proteínas, que produce alteraciones neurodegenerativas contagiosas en diversas especies animales.

---

---

# Capítulo 1

Tras recibir la visita de la señora Griñó, me quedé desconcertado. No cabe duda de que la preocupación de una madre siempre es motivo cuanto menos de desconcierto, aunque esta vez la extraña desaparición de su hija no ha dejado indiferente ni a la policía ni a otros investigadores que, como yo, decidieron tomar las riendas de este caso; pero con escasos resultados.

Detrás de la mayoría de las preocupaciones que puede presentar una madre ante la desaparición de una hija siempre surge «si hubiera hecho, no habría pasado; tendría que haber hecho; debería haber logrado».

Pero en esta ocasión no era el único. Más casos de desaparición se habían filiado en la localidad cacereña. En la base de datos de desaparecidos del Cuerpo Nacional de Policía podíamos encontrar otros tres avisos de desapariciones que hacían sospechar: María Silva, de Plasencia; Luis Sánchez, de Villanueva de la Sierra; y Ana Gutiérrez Alonso, de Hervás.

Aunque oriundos de la provincia de Cáceres, los Griñó residían en Madrid. Pero el carácter alocado y adolescente de su hija hizo que cedieran en su traslado a su localidad natal para estudiar en la Facultad de Ciencias del Deporte de la Universidad de Extremadura.

---

Familia acaudalada, lo que sin duda facilitaba mi labor. Por ello me programaron este vuelo en helicóptero desde Madrid hasta Cáceres en el que me encuentro, ahora a escasos treinta y cinco minutos para llegar a mi destino.

—Nos hemos tenido que desviar de la ruta inicial por el mal tiempo, señor Zaera —afirmó el piloto, envuelto en el ruido ensordecedor de la tormenta—. Inicialmente, deberíamos haber sobrevolado el Parque Nacional de Monfragüe, pero nos hemos metido de lleno en una tormenta de nieve que llega hasta la sierra de Gredos y estamos intentando evitarla por el norte.

—¿Dónde estamos? —pregunté, tratando de ubicarme.

—En este momento, en las inmediaciones de Piedrahíta —respondió.

—Por Ávila, ¿verdad? —contesté, habiendo ya satisfecho mi curiosidad.

—Así es —replicó—. Estamos casi en el límite entre comunidades, entre las de Castilla y León y Extremadura —terminó concretando, con las necesarias interferencias del ruido de la tempestad capturadas por su micro.

Apenas había visibilidad y las turbulencias movían el aparato en los tres ejes del espacio. Con las sacudidas llegué a golpearme la cabeza contra la ventanilla y el resto de los salientes del habitáculo en el que me encontraba. Mis auriculares mitigaban algo los golpes, pero debido a las vibraciones a las que nos sometían las inclemencias del tiempo resultaba casi imposible mantener el micro en la boca para comunicarse. Cada vez que perdía sustentación el helicóptero, caía sobre mi asiento a plomo, impactando mi sacro dolorosamente contra él. Incluso llegaba a levantar las bolsas de viaje del suelo de la cabina, donde habían reposado apaciblemente hasta ahora. Ni la más espeluznante montaña rusa podría compararse con esta experiencia, con esta situación.

---

De forma perturbadora se pueden observar las inquietantes siluetas montañosas al sur, algo distorsionadas por la ventisca, con mucha nieve, bosque verde y blanco; al norte. Estas se pueden vislumbrar ocultas tras el empedrado blanco que forma la nieve y el hielo de la tormenta al golpear contra las ventanas, contra la cabina del helicóptero. Poco a poco un tupido velo níveo comienza a ocultar la ladera de la montaña. El tiempo empeora con rapidez, lo que no es bueno para nosotros.

Un fuerte impacto hizo estremecer toda la estructura de la aeronave. Un fuerte sonido hueco de rotura se escuchó en la parte delantera del helicóptero, seguido de múltiples lamentos que provenían de la cabina de la tripulación. Una inmensa avalancha de agua helada, viento gélido, nieve y otras sustancias irrumpieron dentro del compartimento.

—¡Dios mío! Luis, ¡contesta! —gritó el copiloto angustiadamente, mientras restos de plumas y sangre llegaban hasta donde me encontraba, en la parte posterior de la cabina del helicóptero.

Múltiples restos de metacrilato, de la luna de la cabina, restos animales y los productos de la intemperie se adentraban sin contención alguna hasta donde me encontraba, golpeándome en la cabeza, en la nuca, en los hombros, en las piernas... La aeronave comenzaba a sacudirse, sin aparente control. Continuos lamentos provenían de la parte delantera, por parte de la tripulación. El piloto había perdido el control del helicóptero, estábamos en peligro.

—¡Maldita sea, Luis! —volvió a gritar el copiloto, a la vez que un torbellino de plumas, sangre y ventisca helada golpeaba mi cara desnuda.

—Torre de León, ¡EC-ILA! ¡Hemos colisionado con un buitre y estamos cayendo! —exclamó por la emisora el copiloto, sonando las alarmas de la cabina como un festival multico-

---

lor—. ¡El piloto está incapacitado y estamos cayendo! —volvió a exhalar, sin obtener respuesta alguna.

Sentía algo en la cara. Era caliente, sólido y líquido. Se mezclaba con las plumas. Trataba de moverme y mirar de qué se trataba, pero no podía mover mis brazos. No podía desplazarme ni un ápice. Llegado a este punto, no sabía si se trataba de restos del animal o lesiones por el accidente. Estaba en *shock*, bloqueado por el miedo, paralizado. No lograba proferir palabras, ninguna que pudiera describir la situación, sin efecto de cualquier orden que mi mente indicara a mi cuerpo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —pregunté expectante a la tripulación, mientras el aparato se sacudía con fuerza, clavándome el respaldo del asiento y la pared lateral del habitáculo; señal de que estaba girando sobre sí mismo en una espiral descendente sin remisión.

—¡Estamos cayendo! —respondió el copiloto—. ¡Ha chocado con nosotros un buitre y se ha metido dentro de la cabina! —reiteró con natural agobio—. ¡El piloto está herido! ¡Creo que muy grave! —terminó afirmando, inmerso en los esfuerzos por controlar el vuelo del aparato en tan difíciles circunstancias; una fútil ilusión.

—¿Qué puedo hacer? —respondí casi sin aliento en un vano esfuerzo por superar mi miedo, comenzando a limpiarme los restos que lanzaba el aire que entraba a través de la cúpula rota de la cabina, luchando por mantener la pastilla del micro en mi boca, que persistía en su obstinación por ceder al ímpetu de las sacudidas y la gravedad.

—¡Suéltese, dese la vuelta y tire del cinturón del piloto! —respondió sin dilación, mostrando lo necesaria que resultaba mi ayuda—. ¡Luis está impidiendo que pueda pilotar y controlar el aparato al estar caído sobre los mandos! ¡Tire con fuerza para poder liberarlos, y así poder realizar una toma de emergencia!



---

—afirmó muy angustiado, tratando de movilizar el cíclico y el colectivo, que estaban bloqueados.

El helicóptero se tambaleaba de un lado a otro, de arriba abajo. Las sacudidas eran incesantes, girando casi sin control mientras descendía. Entre las alarmas del panel de mandos del helicóptero y los sollozos del piloto, busqué el valor suficiente para soltar mi cinturón y tirar, como me indicó anteriormente el copiloto, del anclaje del cinturón del asiento delantero derecho, no sin golpearme sin parar contra todas las superficies de la cabina.

—Torre de Badajoz, ¡EC-ILA en situación de emergencia! —gritó el copiloto desesperado—. ¡EC-ILA a mil pies y al sur de Sotoserrano y Riomalo! ¡Procedemos a realizar aterrizaje de emergencia! ¡Al sur de Riomalo! —exclamó nuevamente.

Me coloqué en el asiento que estaba detrás del piloto, en mi asiento, tratando de abrocharme nuevamente el cinturón.

—¡Tráfico en la zona! ¡EC-ILA en situación de emergencia! ¡Al sur de Riomalo! —notificó por radio el copiloto.

Las sacudidas del helicóptero y las alarmas de los controles resultaban agobiantes y la ventisca dentro de la cabina se asemejaba a estar quieto a un metro y delante de un cañón de nieve artificial de una estación de esquí.

—¡Siéntese! ¡Con el cinturón puesto! ¡Vamos a aterrizar! ¡Preparado para impacto! —aleccionó el copiloto con premura—. Agarre el cinturón con ambas manos por encima del anclaje central y no se quite los auriculares —apremió, tratando de que me colocara en la mejor posición para el inminente impacto.

—Torre de Badajoz, ¡EC-ILA cayendo al sur del meandro del Melero! —exhaló, con lo que podrían ser sus últimas palabras.

Justo en ese momento un gran impacto sacudió el helicóptero. Sentí que todas mis vértebras se reducían a la mínima expresión mientras observaba fragmentos de las palas del rotor golpear las ventanillas, permitiendo a un vendaval de tierra y maleza inundar

---

la cabina. Sentí cómo el helicóptero giraba sobre sí mismo, lateralmente, como una piedra cayendo por una ladera, sin control. Sentí tensión en el cinturón, justo en el apoyo de los hombros, alternado con presión sobre el asiento; girábamos sobre nosotros mismos. A su vez múltiples trozos del fuselaje entraban abruptamente en la cabina, golpeándome sin compasión. Debió de tratarse de unos instantes, pero en aquel momento pasaron por mi mente todas aquellas cosas que debí de decir y no dije, aquellas que debí de hacer y no hice...

Una vez que paró de dar vueltas el habitáculo, se inundó de humo blanco y alarmas. Sí, más aún. Pero ahora sin palabras ni sollozos. Silencio, mucho más silencio; tempestuoso y ruidoso silencio. En ese momento mis peores pensamientos lograban aplastar mi voluntad, siendo doblegada por el viento y la desazón.

Con mucha dificultad y estando muy aturdido, tiré de las presillas rojas de la ventanilla, tras haberme cerciorado de que el rotor se había detenido por completo. Tenía que salir. Y lo hice, empujándola hacia fuera por el lugar correspondiente, liberando lo que quedaba de la maltrecha ventanilla, ya que la puerta estaba muy deformada y no se podía abrir. Debía prestar mi ayuda a los pilotos.

Salí del helicóptero, aventurándome sin pensar más allá. Deslizándome por los restos del marco de la ventana, evocando la dificultad vivida de una nueva llegada a este mundo; renacer. Sin duda, eso era lo que había sucedido, ya que volvía nuevamente a respirar. Tambaleante, sin poder establecer el lugar preciso de mi centro de gravedad. Tropezando con los restos humeantes junto al aparato, justo cuando trataba de acercarme a la tripulación.

—¡Luis! ¡Mario! —grité con ahínco—. ¡Responded! —volví a exclamar, pero no respondieron.

El impacto había sido muy cruento y penetrante en la parte anterior de la cabina, sobre todo en el lado derecho, donde estaba

---

el piloto. Traté de llegar hasta ellos, a pesar de la deformación del habitáculo y de haber liberado la presilla que me permitía retirar la puerta, pero aun así solo lograba alcanzar lo justo para tomarles el pulso.

—¡Respondedme! ¡Decidme algo si me escucháis! —volví a increparles mientras les tocaba tratando de encontrar cualquier atisbo de vida en sus silentes cuerpos, algo de esperanza.

Humo blanco y chispas saltaban de la cabina donde se encontraban, desprendiendo un intenso e inquietante olor a quemado, olor a Jet A-1. Esta situación no auguraba nada bueno, desde luego.

—¡Dios mío! —exclamé, percatándome en ese momento de que no respiraban, que no palpaba pulso; habían fallecido.

Estaba conmocionado, sin duda aturdido. Un extraño escalofrío recorrió mi frente, percatándome entonces de que tenía una brecha, una herida incisa, y estaba sangrando mucho. Molesto de la espalda y cojeando por el golpe que había recibido en la rodilla izquierda, pero me comprimí con un retal de tela la herida con la intención de cohibir la hemorragia que me impedía ver. Cogí unos mapas que guardaban en una guantera, junto al asiento en el que viajaba, alejándome del aparato tan pronto como pude, no sin antes sacar lo poco que llevaba de su interior. Mientras, el aparato comenzó a envolverse rápidamente en llamas. Fue entonces cuando reparé en que no estaba preparado ni para hacer frente a una tormenta de aquellas características ni para superar lo sucedido con facilidad.

Decidí caminar hacia el abrigo que me ofrecía la arboleda que ante mí se presentaba, aunque estaba cubierto todo por un extenso manto blanco. Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y traté de comunicarme con el 112, pero no había cobertura de ningún tipo; no lograba avisar de lo sucedido. Por ello decidí avanzar a favor de la pendiente dejándome llevar ladera abajo

---

entre los árboles, estando algo desorientado, tropezando con piedras y arbustos secos. Escapar de la exposición de la cumbre, lo único que podría salvarme.

En medio de una tormenta de nieve, con frío, sin calzado ni ropa de abrigo adecuados. Sin recursos y sin saber dónde estaba y adónde ir. Una visión apocalíptica digna de los mejores metrajes cinematográficos de catástrofes de todos los tiempos. Buscar abrigo entre la maleza hasta que se calmara un poco aquel incesante bombardeo, este continuo ir y venir de copos de nieve en la ventisca, en la helada.

Así, agazapado entre los matorrales y a la espera de que amainara la tormenta, traté de orientarme mediante los mapas que había logrado coger del helicóptero antes de que este ardiera, de que estallara. Sabía que habíamos sobrevolado Sotoserrano y que, en las últimas comunicaciones con la torre de control, el copiloto había mencionado que estábamos al sur de Riomalo y del Melero. ¡Estaba en pleno parque natural de Las Batuecas! Un río y montañas me flanqueaban, por lo que no tenía más remedio que bajar al sur, unos catorce kilómetros a través de bosque helado y agreste montaña; contra la feroz oposición de una tormenta épica que más adelante se convertiría en histórica. Tenía que lograr llegar hasta Granadilla, el pueblo accesible más cercano o no lograría contarlo. Catorce kilómetros campo a través y en medio de una tormenta, una que pasará a los anales de la historia de España, sin mencionar en momento alguno lo maltrecho que me encontraba.

Estaba claro. No sabía si las torres de control conocían mi paradero y el accidente. Un rescate, con estas condiciones meteorológicas, resultaba muy difícil; prácticamente imposible. Así que mi única opción era llegar al pueblo más accesible y cercano por mis medios, pero caía la noche y no podría avanzar con estas condiciones atmosféricas tan adversas. La decisión era obvia, mis

---

opciones de superar esta situación pasaban por volver al lugar del siniestro y obtener el material necesario de los restos del accidente para elaborar algún refugio.

Regresé al lugar del percance, donde ya había cedido parcialmente el fuego. Hice un esfuerzo por reponerme, abordándome las aterradoras imágenes de aquellos momentos preliminares al impacto, los cuerpos sin vida de los tripulantes. Tenía que luchar. Tenía que tratar de coger todo cuanto pudiera aprovechar de los restos del accidente para hacerme un refugio improvisado entre los matorrales, más al sur y al resguardo que me proporcionaban los árboles. El móvil, inútil. La radio, inservible, quemada. Por más que lo intentaba, continuaba sin disponer de cobertura de red. Seguía siendo inútil. ¡Todo lo era!

Entre matorrales, troncos de árboles caídos y ramas, los árboles más tupidos y restos de fibra del helicóptero, logré elaborar un refugio. Algo funcional para pasar la noche, aunque duro sería aguantar hasta el amanecer en estas condiciones sin fuente de calor, a pesar de las recientes comodidades obtenidas.

No olvidaré esa noche, jamás. ¡Qué frío hacía! Agazapado tras algunos restos que pude trasladar, aquellos que resistieron las llamas tras el accidente. Luchando contra las encolerizadas ráfagas de viento helado que acumulaban ingentes cantidades de nieve. Tiritando de forma brusca, el castañeteo de mis dientes, pasando las horas y deseando que aquello terminara. Tenía que levantarme una y otra vez, cada cinco o diez minutos, para eliminar la nieve que al acumularse formaba un nevero; para que no llegara hasta el lugar donde me guarecía y bloqueara mi refugio. Las manos entumecidas, la cara helada, los pies afligidos por el duro castigo al que eran sometidos por pinchazos y magulladuras. Escuchando el aterrador aullido que profería el viento al deslizarse enfurecido entre los árboles, las laderas y las afiladas aristas de la roca. Un estremecedor rugir inconmensurable, solo

---

silenciado fugazmente por los continuos truenos. Los relámpagos solo empeoraban la situación, ya que mejoraban con su luz la fugaz visión de aquel aterrador y dantesco espectáculo de la naturaleza. Una visión de pesadilla, de heladora soledad y hambrienta desesperanza. Además, siendo incapaz de obtener fuego, socavando aún más mi moral, desahuciando mi esperanza de salir de allí con vida. Un tortuoso destino me aguardaba, pero sin doblegar mi determinación.

Con el pasar de las horas, tras ceder la fuerza del viento y no requerir el refugio de mis cuidados para mantenerlo libre de nieve, comencé a permanecer más tiempo agazapado. Gracias a ello, logré entrar lo suficiente en calor para sobrevivir, pero no descansar, a pesar de mis estremecimientos por el frío y la hipotermia.

Ya al amanecer, agotado, casi a punto de desfallecer, con una tormenta ya convertida en ventisca de nieve, inicié torpemente mi viaje hacia Granadilla. Seguía los márgenes de los cortafuegos y caminos forestales, posicionándome a sotavento; resguardándome del castigo que pretendía infligirme con sus reiteradas embestidas, parapetándome con el margen de las arboledas.

Definitivamente, el móvil estaba inservible, o bien por la cobertura, o bien por el impacto sufrido. Pero no me servía de nada, ni siquiera para ubicar mi posición por GPS. Una verdadera contrariedad.

Con las mejillas y las manos entumecidas por el frío, tratando de mantenerme despierto tras la difícil noche pasada, comienzo a bajar la ladera de la montaña en la que me encuentro, pudiendo apreciar ya cómo se aproxima la siguiente cumbre.

Pensar en algo que mantenga mi mente ocupada es lo más importante ahora. En verdad un ejercicio necesario, ya que de no hacerlo así sucumbiré al sufrimiento que me aborda, al que me aboca cada fibra de mi cuerpo al recordármelo. Por ello repasé en voz alta, mien-

---

tras caminaba, los pormenores del caso que me ha traído hasta aquí, hasta este momento, hasta esta deleznable situación.

—Delila Griñó Giménez, de veinte años. Estudiante desaparecida hace veintisiete días en Cáceres, cuando salía a comprar. No han solicitado rescate. Investigada la desaparición por el Cuerpo Nacional de Policía y agencias de detectives privados de Madrid y Plasencia. Sin rastro alguno. Familia acaudalada afincada en Madrid, pero con raíces en Cáceres —farfullaba mientras pensaba, tratando de que mis palabras resultaran compañía ante la soledad de la montaña—. María Silva Giménez, de veinticinco años y desaparecida en Plasencia; Luis Sánchez Arroyo, de veintidós años y desaparecido en Villanueva de la Sierra; Ana Gutiérrez Alonso, de casi treinta años y desaparecida en Hervás. Todos salieron a realizar actividades cotidianas y han desaparecido. No han solicitado rescate —continuaba pensando en voz alta.

Avancé lentamente al subir por el cortafuegos, completamente colapsado por la nieve. Cubría más arriba de la rodilla, pero avanzaba esperanzado al darme cuenta de que estaba amainando la fuerza del viento. El frío y los pinchazos de los pies habían remitido con el esfuerzo a pesar de sentir más que húmedos los calcetines.

—Todo irá bien si no me paro —me repetía una y otra vez.

Con el tiempo comencé a tener calor por el gran esfuerzo físico, teniéndome que retirar las capas de ropa de abrigo de las que disponía y que me habían salvado la vida, sin duda.

—¿Qué podía relacionar a todas las víctimas? —me preguntaba una vez y otra en voz alta mientras avanzaba.

Todos los desaparecidos solo tenían en común que eran sanos, jóvenes, deportistas, residentes dentro de un radio de acción de ciento diez kilómetros, con raíces en la zona, desaparecidos en similares condiciones.

---

A media jornada ya se podía apreciar la aparición de algunos claros hacia el sur, delante de mí. Paré a descansar y volví a colocarme las prendas secas. En ese momento tuve una revelación...

—¿Tráfico de órganos? —me pregunté en voz alta, inundándome un sentimiento de impotencia y desasosiego—. Todos ellos comparten su buen estado de salud y cierto grado de culto al cuerpo. Jóvenes sanos y fuertes. Sin taras genéticas *a priori* y sin enfermedades conocidas. Sin ningún antecedente médico reseñable.

Ninguno de los desaparecidos había dejado indicios de querer desaparecer. Ninguno, como podría ser el cese brusco en redes sociales de toda actividad, ni actividad en cuentas bancarias ni retiradas de efectivo en días previos. Sus familiares y amigos no daban crédito a la desaparición y no habían apreciado cambios en la conducta habitual. Todavía la verdad estaba por revelarse, sin duda.

Mientras caminaba contra el viento, y ya cada vez con menos nieve en el centro de los cortafuegos, pensaba que alguna persona estaba cazando humanos, pero su motivación real... Espero encontrar más respuestas cuando logre salir de aquí.

Llegada la tarde, logré alcanzar la ribera de un lago. En la lejanía pude intuir una imponente atalaya, circundada por murallas y prácticamente rodeada por agua. ¡Granadilla al fin! Debía de tratarse de la población más cercana. Pero una lengua de agua me bloquea el paso, así que tendré que adentrarme nuevamente en la arboleda.

Tras avanzar unos pocos metros de mi camino, observé unas huellas en la nieve, cruzando todo el ancho del cortafuegos. Al acercarme hasta ellas para mirarlas, me percaté de que son de un felino. No deja marcas de uñas y son de unos siete centímetros de largo por seis de ancho. Son demasiado grandes para ser de un gato. Las seguí hasta el margen, observando rascaduras en los



---

troncos próximos a ellas. Mala señal... Sorpresivamente, escucho ruidos que provienen de entre los árboles del margen del camino.

—¡Un lince! —exclamé, apresurándome en abandonar aquel lugar.

Felino robusto de patas largas, pelaje moteado, patillas en la cara y cola corta, con una borla negra en el extremo que agita enérgicamente mientras observa que me marchó. Mira amenazante, batiendo cada vez más rápido su cola, haciéndome sentir su crispación mediante la tensión de su musculatura. Está claro que se siente amenazado y, de alguna forma, me lo transmite con su penetrante mirada.

Me muevo lentamente, sin brusquedades. Bien erguido, sin darle la espalda y manteniendo en todo momento la mirada fija en él.

—Maldita sea —desprendieron mis labios, verbalizando aquello que mi nerviosa actitud mostraba.

En ese momento hizo el ademán de acercarse hacia mí, acechándome apostado con mucha intención, moviendo sus patas traseras y glúteos para obtener la máxima propulsión para realizar un salto. Pero conseguí que se alejara tras haber cogido un grueso palo del suelo, levantándolo enérgicamente, ofreciendo resistencia.

Ahora respiro tras el agobio del susto, pudiendo retomar mi camino con más celeridad si cabe. ¡Qué cerca he estado de no poder contarlo! ¡Otra vez! Después de todo lo que he pasado.

El final de esta aventura se acerca. ¡Por fin una carretera! Además, la profundidad de la nieve cada vez es mucho menor, por lo que avanzo cada vez más rápido hacia mi destino.

—«¡Granadilla a tres kilómetros!» —leo muy animado, en voz alta, en un cartel de tráfico—. Pronto encontraré ayuda.

---

---

## Capítulo 2

Ahora que estoy por llegar a la civilización me invade un pesar: las personas dejadas atrás por el accidente y devolverlas a sus familias.

Durante mi aventura campo a través, no me percaté de tipo alguno de dispositivo de búsqueda. En ningún momento pude ver a ningún policía, medios aéreos o terrestres. Cierto es que el mal tiempo no lo permitía por vía aérea, pero por vía terrestre debería haberse puesto en marcha. Lógico suponer que, habiendo realizado yo el camino a pie al núcleo urbano más cercano, me encontrara de camino con la ayuda, pero no fue así. Por ello he de suponer que, como pensé inicialmente, no se había realizado aviso alguno a los servicios de emergencias por parte de unas torres de control que no recibieron noticia alguna del helicóptero. Tampoco de nadie que estuviera por la zona. Estaba solo...

Debo apresurarme en llegar al cuartel de la Guardia Civil del pueblo, o, al menos, tener acceso a un teléfono para avisar y facilitar el rescate de los cuerpos, esclareciendo los hechos. Sus familias tenían derecho.

Como era de esperar, no me encontré a nadie por las inmediaciones debido al frío y la avanzada hora de la tarde, por lo que mi esperanza se encuentra en el núcleo urbano.

---

—¡Una ciudad amurallada! —pensé en voz alta.

Llegué por fin a la entrada, a punto de caer desfallecido al suelo. Una muralla y su puerta en arco, abierta, custodiada por un castillo. Parece desierto y, junto al frío silbar del viento, genera un ambiente siniestro, tétrico.

«¡Parece una ciudad fantasma!», pensé exaltado.

Hay vehículos en el aparcamiento de la entrada, desvencijados, como si estuvieran abandonados. Alguno con las puertas abiertas. Pero no parece que lleven mucho tiempo así, porque no se aprecian los efectos de la ventisca en su interior. Más bien parece que sus ocupantes abandonaran el vehículo apresuradamente hacía bien poco.

Al acercarme a la entrada, observo a la derecha un castillo imponente de cuerpo prismático central y cuatro cuerpos semicilíndricos, que se continúan a cada costado con una gran muralla de piedra de grandes dimensiones. A la izquierda un cartel que reza «Villa de Granadilla». Grandes neveros se acumulan a los pies de la muralla, así como a los pilares de su entrada. De repente, me siento un viajero en el tiempo, en un viaje al pasado. Buscando un futuro.

Una vez en el interior, me encuentro en una encrucijada. Desierta, con tres caminos que elegir, pero nuevamente a cuál más siniestro. Allá donde mire, para mi desazón, tan solo me acompañan ventisqueros que se apresuran en amontonar la nieve hacia los neveros que imponentes se yerguen en los abrigos. Grandes casas de piedra habitan en su interior, sobre todo en el camino central que parece ser la calle mayor del pueblo. Monumentales casas señoriales de la época medieval, sin duda, con portazgos y soportales. A la izquierda un camino secundario que se adentra, de forma paralela a la muralla, por casas de menor calado. A la derecha una calle más ancha, con vehículos todoterreno de alta gama en el aparcamiento, delante de una muralla secundaria de